

nes pasajeras de las leyes comunes, que se resuelven en la muerte del individuo, ó en el bienestar ordinario que producen las aptitudes y conveniencias de sus órganos, así como la union misteriosa de su alma y de su cuerpo.

P. ¿Si el dolor es solo una perturbacion pasajera de la armonía individual, qué cosa es la muerte?

R. La muerte en el hombre es la separacion del alma y el cuerpo.

P. ¿Y la muerte es un mal ó es un bien?

R. Es un bien, porque devuelve la materia de que estamos formados á la tierra y al aire, y permite que el alma vaya á cumplir los elevados destinos que le corresponden por su naturaleza espiritual.

P. ¿Entonces será un bien darse la muerte ó darla á otros?

R. Para cada individuo es un bien la muerte siempre que el Criador se la manda, porque es señal segura de que se ha cumplido su mision en la tierra; mas como no nos es dado saber por nosotros mismos si la hemos ya llenado ó si los demas ya la han cumplido, y diariamente tenemos nuevos deberes que desempeñar, no es licito poner término á los dias de ningun ser racional, sin contrariar visiblemente la órden del Criador, mientras determina que vivamos.

P. Supuesto que es condicion indispensable de la felicidad, vivir lo mas conforme que sea posible con las leyes de la naturaleza, decidme, ¿cómo puede obtenerse mas fácilmente esta conformidad?

R. I. Haciendo que el cuerpo desarrolle, perfeccione y ejercite moderadamente sus aptitudes.

II. Que el espíritu conozca la verdad en las ciencias físicas y en las morales.

III. Que el conjunto de alma y cuerpo que se llama hombre, cumpla sus deberes respectivos para consigo mismo, para con la sociedad y para con Dios, esperando tranquilamente el término de esta peregrinacion que llamamos vida terrenal.

P. ¿Y no es creíble que en alguna época ya retirada, haya sido el plan manifesto de la Divinidad, que los animales no muriesen, y que el hombre tambien fuese inmortal, ó al menos de larguísima duracion?

R. Con que solamente no muriese una sola especie de ani-

males, los mosquitos por ejemplo, invadirian de tal manera el espacio, en muy pocos años, que faltaria el aire respirable; y si los hombres no desaparecieran con la velocidad con que lo verifican, pues se ha calculado que muere uno cada minuto, carecerian de mantenimientos. Por lo mismo, todo hace creer que la muerte de los seres sensibles, es un regulador de todas las especies, y una condicion esencial de felicidad que nos han dejado los que nos han precedido, y que á nuestra vez dejaremos á los que nos sigan.

### CAPITULO XIII.

#### DE LA PROVIDENCIALIDAD.

“Me parece que el grande e interesante objeto, no es argüir en metafísica; sino pesar si para nuestro bien comun, necesitamos, como pobres animales miserables y pensantes, admitir un Dios remunerador y vengador, que nos sirva á un mismo tiempo de freno y de consuelo; ó desechar esta idea abandonándonos sin esperanza á nuestras calamidades, y á nuestros crímenes sin remordimientos.... Desde Job hasta nosotros, ha maldecido su existencia un gran número de hombres; luego tenemos una necesidad perpetua de consuelo y de esperanza.” Diccionario filosófico de Voltaire, palabra Dios.

#### I.—Leyes generales.

El órden perdurable del universo, indica su perfeccion, y que se halla sujeto á leyes invariables. En ellas tienen las especies su principio de ser y subsistir, hasta que el concurso de otras leyes mas altas que las ordinarias, originan su destruccion.

En cuanto á los individuos, obran á veces causas particulares que modifican la accion de las causas generales, y segun ellas prosperan ó desaparecen.

Vemos, por ejemplo, que nuestro globo está cubierto de vegetales de diferentes tamaños y formas, y que espontáneamente se producen en ciertos lugares, determinadas especies, sin otros auxilios que los que la naturaleza les presenta, llevándoles hasta

el punto en que se hallan inmóviles los jugos que necesitan, y graduándoles la temperatura: este cuidado general basta para la conservacion de las especies, mientras que los individuos recorren simplemente sus períodos de vida, ó encuentran algun accidente que se los acelera ó retarda. (1)

## II.—Idea de la Providencia en general.

Fácilmente se comprende, que si en medio de las condiciones ordinarias de subsistencia de los vegetales, aparece la mano del hombre, aplicando los elementos de la naturaleza con inteligencia y oportunidad, llevando unas ocasiones el riego, podando otras á los árboles necesitados de este beneficio, ó ingertando especies diferentes, produce una perturbacion verdadera, en cuanto á los vegetales que están á su alcance, y se presenta como una *segunda causa* de profundas modificaciones. No es ya entonces el solo influjo de las leyes comunes el que dirige la vida de los vegetales; y podemos decir exactamente que hay dos inteligencias que obran tales funciones, la una general, representada en la suprema direccion del mundo; la otra particular, obrando bajo las bases principales de la primera, que se contrae á determinados individuos.

Tales inteligencias, de un orden y potencias diferentes, porque la una es infinita y la otra es bastante limitada, aunque suficiente para los efectos indicados, tienen el carácter de *providenciales*, supuesto que proveen de lo necesario á los individuos, y prevén lo que á los mismos es conveniente.

Esto que indudablemente acontece respecto de los vegetales, se aplica á los animales, á todo lo que nos pertenece, y aun á nosotros mismos, pues proveemos y prevemos lo que nos puede convenir. Somos nuestra propia providencia, y en gran parte lo somos tambien de los seres que nos rodean.

## III.—Providencia divina en favor de los hombres.

¿Existe otra mas elevada que aplica sus cuidados particulares á los individuos de la especie humana? Diremos lo que al tratar de los seres inmatrimales: sus efectos se sienten, se experimentan, aunque no nos es dado explicarlos siempre satisfactoriamente.

El hombre es un principio de acciones libres, y puede determinar respecto de los demas hombres, series de sucesos adversos ó prósperos, que dejarían de presentarse con solo un acto de su voluntad. Las mismas causas generales que son invariables,

(1) En el descubrimiento de Pompeya, se encontraron algunos montones de trigo, el cual sembrado, germinó y dió la espiga, despues de mil seiscientos años de sueño vital.

y no sabemos hasta qué punto fatales, respecto de los demas seres, han dejado al hombre cierta latitud, en virtud de la cual, puede sujetarse mas ó menos á su influjo y librar á los seres que dependen del mismo.

Se comprenderá fácilmente que si un solo individuo tiene esta admirable facultad, de variar el curso de los mas importantes acontecimientos, en lo tocante á su persona, y á las que de él dependen, y sobre todo los del orden moral; la Suprema inteligencia que dirige y llena el universo, puede con solo querer, y sin necesidad de alterar sus leyes generales, cambiar, modificar, retardar ó evitar totalmente los efectos de éstas, respecto del hombre, *con solo la combinacion y concurso de las causas secundarias, incluyendo en ellas, principalmente, el libre albedrío de los humanos*. A esto llamamos *la accion de la Providencia divina*, la que nos parece se ejercita constantemente, sin necesidad de milagros, pues como se sabe, éstos se toman en la acepcion de ser indispensable la interrupcion ó suspension de las leyes generales para que se verifiquen.

## IV.—La providencialidad en los escritos mas antiguos.

En la doctrina de Confucio, se explica la providencialidad, del modo siguiente: (1)

Despues de sentar como principio incontestable, que el hombre debe conservar su propia naturaleza, la ley de su sér, y los deberes que de tal ley se derivan, para llenar el mandato del cielo; "tales hombres, continúa, son los mas á propósito para conocer á fondo la naturaleza de los seres sensibles ó vegetales, y para hacerles cumplir su ley de vitalidad; por esto mismo pueden, mediante sus facultades, de una superior inteligencia, *ayudar al cielo y á la tierra* en la trasformacion y subsistencia de los seres, á fin de que tengan su completo desarrollo, ~~por~~ *por lo que constituyen un tercer poder entre el cielo y la tierra.*"

Excusado parecerá añadir, que el grado de perfeccion de que se habla en el párrafo precedente, es rarísimo entre los hombres, y que los efectos saludables de conducirse y de conducir á los seres sensibles y vivientes, segun su naturaleza, se experimentan en una escala muy variada, en proporcion del poder moral del individuo que interviene en su manera de subsistir.

El sentimiento vivificador de la providencialidad divina, de esta luz que tranquiliza y guia á tantos espíritus ansiosos de saber, ha sido reconocido no solamente por la casi totalidad de los filósofos, en medio de sus mismas disputas, sino por toda clase

(1) Introduccion á los cuatro libros de Confucio traducidos del chino por M. G. Pautier, pág. 14.

de hombres; y es muy fácil notar la huella de un convencimiento profundo de tal verdad, en muchos documentos notables que nos quedan de los antiguos.

Citaremos á este propósito el dicho célebre de un general romano. "Oyendo Fabricio en una cena, exponer á Cineas la filosofía de Epicuro, y que sus sectarios creían que los dioses no se cuidaban de las acciones humanas, y que los epicureístas vivían alejados de los negocios públicos, en una deliciosa holganza, exclamó: ¡Oh Dios, haz que Pirro y los Samnitas sigan esta doctrina mientras estén en guerra con nosotros!

#### V.—Errores comunes que contrarian la providencialidad.

*Fortuna, azar, casualidad, destino, fatalidad, hado*, todas estas palabras indican negación del orden providencial, y han sido inventadas para cubrir positivas ignorancias. Mas sensato es el vulgo, cuando por medio del *no sé qué*, procura designar la causa desconocida de lo que no comprende. Nosotros nos unimos á ese vulgo, siempre que se nos pidan explicaciones acerca de la disposición ordenada é inteligente que gobierna al mundo de un modo general, y en particular, respecto del modo con que es conducida la especie racional.

Solo podemos dar testimonio de nuestras íntimas sensaciones, de nuestras necesidades, de esa voz interior que nos dice: sin la providencia que todo lo ilumina y lo armoniza, que alienta en todo momento gratas esperanzas y seguridades desconocidas, el universo sería para nosotros el mas duro fatalismo de la materia, la oscuridad del caos, el desencanto de la mas cruel indiferencia, la seguridad de males sin remedio posible. Ignoramos lo pequeño y lo grande, es verdad; decimos lo que Plinio: ¡En las cosas mas pequeñas y despreciables, qué perfeccion tan admirable! No damos razon ni del insecto, ni de la estrella, ni del hombre; pero estamos seguros de la existencia del Criador de todo esto, y sabemos que todo se conserva, desarrolla y perfecciona por su providencia.

#### VI.—Abusos de la idea de providencialidad.

Si por las muchas veces que se abusa del santo nombre de la Providencia divina; si por observar que los mayores enemigos de la humanidad se llaman á sí mismos instrumentos ó mensajeros de la Suprema inteligencia que gobierna todo el universo, hubiéramos de dudar de tan consoladora creencia, motivos sobrados tendríamos para ello; pero es suerte comun en la tierra, que precisamente se abuse de lo mas respetable, y que el mísero mortal

cuenta entre sus congojas, no poder sin gran trabajo discernir lo verdadero de lo falso, é ignorar frecuentemente cuál es el veneno y cuál el antídoto.

En tan grave materia nos atrevemos únicamente á indicar, que nada de lo que es moralmente malo, es providencial, y mucho menos puede hacernos propicia á la divinidad.

#### VII.—Ignorancia general respecto de como obra la Provincia divina, sin embargo de que es innegable su influencia.

Si se nos pregunta, ¿qué es lo que determina la acción de la Providencia divina, cuánto dura y por qué parece á veces apartarse de nosotros? Responderémos, que cuanto mas pequeño es el hijo, y el padre es de mayor saber y experiencia, menos comprende el primero las miras del segundo, y las reglas con que se dirige; que esto no impide reconocer, experimentar, *sentir* la acción de ese poder benéfico que cubre misteriosamente nuestra vida, hasta que cumplimos bien ó mal nuestro destino, ó como enseña el filósofo chino, *el mandato del cielo*, es decir, el principal deber de nuestra existencia, despues de la cual nuestro sér inmaterial vuelve á otros mundos, que desde éste ya presentimos, en los que la felicidad será en proporción del perfeccionamiento moral que háyamos alcanzado en esta tierra, muy exactamente llamada valle de lágrimas.

#### VIII.—Conclusion.

No somos únicamente barro miserable; no estamos abandonados á todo viento como el polvo; si nuestra vida presenta alternativas y vaivenes que no podemos explicarnos, tenemos la seguridad de que en todo lo que nos rodea, hay un orden constante, y que nuestras aspiraciones corresponden á los llamamientos, á las atracciones divinas. Nada tenemos que envidiar á la planta, ni al animal, ni al astro, aunque sus funciones son tan perfectas y sus apariencias tan hermosas; nuestros destinos son mas elevados, porque son mas libres, mas durables, porque participan mas directamente de la grande inteligencia que gobierna al mundo. Nuestro término apenas puede vislumbrarse; Dios, la inmensidad, el bien por excelencia nos espera..... ¡Si no fuera así, tendríamos que envidiar al humo, á la sombra, á lo mas deleznable y pasajero, porque al disiparse siquiera no han sufrido!

El dolor y la muerte nos aseguran la inmortalidad; el desorden aparente del mundo social, demuestra que las bases morales en que descansa, se restablecen continuadamente por la *divina Providencia*.

FIN DE LA OBRA.